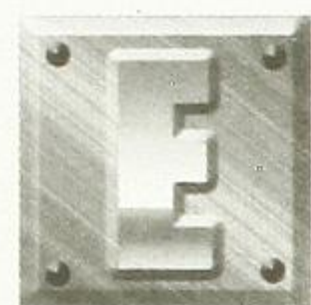


# Paquita la del Barrio: Una inspiración para el mal de amores

Por Elvira Hernández Carballido



Es cierto, no odiamos a los hombres y ha sido muy difícil para las feministas demostrar que nuestra lucha no es contra ellos, pero ¿y cuando nos hieren? O sea, luego de estar enamoradas, fascinadas e ilusionadas de pronto desaparecen de tu vida, te dejan por otra, no te corresponden porque eres casada, te mienten o juran amarte pero no saben demostrarlo. Entonces te sientes herida y lastimada, juras no volver a creer en ellos, no amarlos jamás y menos aún a ilusionarte por unos ojos penetrantes y claros, por unas manos que te recorren con pasión o por las promesas de amor eterno y palabras cariñosas.

Cuando viene la desilusión, la tristeza pero también el rencor y el coraje, la nostalgia y las lágrimas por ese amor ido ¿hacemos mal en buscar un consuelo en las canciones de desamor? ¿es fatal aullar nuestras

heridas en cantos lastimeros? ¿es poco femenino beberse varios tequilas y canturrear en contra de ellos? ¿resulta una imitación humillante sentarse en un rincón y oír esa canción que nos duele hasta el fondo del alma? ¿es de viejas ardidadas gritarle a esos inútiles si nos están oyendo? ¿Inútiles?

Precisamente ésa palabra ha resultado como un símbolo, como una clave, como una identificación entre Paquita la del Barrio y muchas mujeres. Esta afirmación no es osada y menos aún cuando llegamos a visitarla a su casa, en la Colonia Guerrero. Las noches de los jueves, sábados y domingos ahí está ella y ahí estamos muchas, quizá demasiadas porque en el salón "Aries" de la calle de Zarco 202 los hombres presentes pueden contarse con los dedos de la mano.

En el lugar es fácil admirar las fotos de Paquita con gente famosa del espectáculo y también precisar el

número de discos grabados porque las portadas de los mismos llenan toda una pared. Son apenas las seis treinta de la tarde y es posible alcanzar una buena mesa cerca del pequeño escenario. Media hora después el lugar está totalmente lleno, han llegado grupos de amigas de todas las edades y clases sociales.

Entre cervezas y tequilas, entre botanas y cocteles todas esperan ansiosas la llegada de esa mujer de voz privilegiada, tan bohemia y seductora, tan agresiva y tan pasional, tan entregada y tan identificada con las sensaciones y las heridas del alma. Durante las tres horas de espera se puede platicar del hombre que todavía amamos pero no nos corresponde, el que nos correspondió pero ya nos dejó, el que nos decepcionó o al que no olvidamos.

Mientras tanto el escenario es ocupado por diversos cantantes, todos de excelente voz, ninguna famoso pero saben cantar con el corazón. Entonces canciones como "La gata bajo la lluvia" y "Amor eterno" adquieren hasta un tono mejor o "Mudanzas" y "Ni loca" son interpretados por un coro femenino que desea sacar así sus aspiraciones de cambio, su seguridad que no necesita a un machín para ser feliz o que tenemos la dignidad necesaria para no aceptar en nuestra vida a ese tipo que tanto nos hizo sufrir.

De pronto son las nueve treinta en puntito y el presentador hace gala de sus mejores alabanzas para anunciarnos que ella está aquí: ¡Paquita la del Barriooooo! Gritos y aplausos, silbidos



de aprobación y murmullos de expectación. Así aparece ella, ataviada toda de blanco. Las perlas de su vestido se mueven lentamente mientras camina al centro del escenario. Las lentejuelas que adornan su ropa brillan para darle una imagen de diva popular mientras que su robusta figura pierde su dimensión al compararla con esa voz que llega a las fibras más íntimas de una mujer enamorada, herida y abandonada, digna y despiadada.

Y ahí están todas gritando apasionadas después de cada canción, alzando su copa al aire para brindar por el que se fue, por el que esperan o por el que ya no vendrá. Ahí están ellas cantando a coro con esa voz apasionada que lo mismo insulta y promete que consuela e identifica. Ahí están ellas queriendo olvidarlos pero dedicándoles cada canción porque siguen creyendo que sin ellos no podrán vivir y morirán de amor como "niñitas de Guatemala".

El rostro de Paquita la del Barrio nunca delata gesto alguno, en ocasiones seca el sudor de su frente y otras veces me parece que limpia algunas lágrimas. Sin duda toda ella es voz, voz que amó, voz que no perdona, voz que recuerda, voz que sufre, voz herida, voz seductora, voz solidaria, voz que consuela, voz que evoca, voz de desahogo, voz de desconsuelo, voz de revancha, voz de ironía, voz del desamor, voz del corazón roto, voz de la hembra herida, voz de una mujer que acepta su dolor, voz de mujer que siente pero no deja de ser despiadada.

Las letras de sus canciones delatan dolor pero también coraje, son irónicas y sin duda de una gran filosofía popular. Así, al hombre que no se quiere animar a entregarse le puede decir seductoramente "invítame a pecar". El que tiene dentro de sí la consigna de que a la mujer amada no la puedo desear, la cantante dice sin más "piérdeme el respeto". El ambiente se enciende cuando hace confesar al público sus infidelidades con orgullo y asegura que "tres veces te engañé: la primera por coraje, la segunda por

capricho y la tercera por placer".

Aceptar que ante el abandono puede ocurrir que ni los rayos solares lleguen a calentarte pero Paquita advierte que eso no debe sorprendernos porque "hasta el sol, siendo el astro rey lo tapa una pinche nube". Compara al hombre traidor con un perro y se disculpa con el animal por equiparlo con alguien tan ruin. Se burla del tipo que prometió darnos placer y una acostumbrada a los grandes banquetes de la vida sólo puede considerarlo un pobre "taco placero" porque no nos dio lo que esperábamos.

La relación entre el público y Paquita la del Barrio sólo es a través de las canciones, donde cada una se identifica, recuerda algo o desea olvidar. Por cualquier rincón puede escucharse su grito clásico dedicado a los hombres "¿Me estás oyendo, inútil?" Pero cuando ella lo expresa la frase toma tal fuerza, tal identificación, tal significado que la mayoría de las mujeres empiezan a palpar que no los necesitamos pero que después de amarlos que difícil es olvidarlos... ¿Me estás oyendo, inútil?

En el transcurso de 60 minutos lloramos, recordamos, maldecimos y perdonamos en la voz de Paquita la del Barrio, el público aplaude emocionado, las mujeres sienten que se han desahogado, que sacaron todo el coraje, toda la desilusión, toda la decepción, todos los deseos reprimidos, los insultos contenidos, el mito de que sin ellos no pueden vivir. Algunas nos acercamos a la cantante para la foto del recuerdo, ella acepta sin mostrar ninguna sensación de cansancio pero tampoco sin emoción. Esa Paquita nada dice con los gestos ni con la mirada ni con sus manos, ella es toda voz, la voz de las mujeres que alguna vez hemos sufrido mal de amores. Y con ella recordamos el sabor pero estamos listas para la próxima vez.

Casa de Paquita la del Barrio, Zarzo 202,  
Colonia Guerrero. Tel.: 5583-8131  
No hay reservaciones.

